

MERCEDES FARRIOLS O EL ARTE DEL GESTO

Por Mercedes Giuffré

Entrevistamos a Mercedes Farriols un medio día de café y gripe. La idea era hablar acerca de Molière y la nueva puesta de *El Enfermo Imaginario* que su compañía (el "Teatro Molière") piensa estrenar en los próximos meses. La charla fue llevándonos a otros caminos entrecruzados y nuestro diálogo se aventuró en cuestiones más generales y profundas relacionadas con la vida y la formación del actor y del espectador de teatro.

Mercedes Farriols es un exponente de la formación integral de un artista. Estudió danza, música, filosofía y literatura. Viajó a Italia, donde completó esa preparación con maestros como Dario Fo y Vittorio Gassman. Protagonizó *Hair* (la comedia musical) y participó en innumerable cantidad de realizaciones. Desde hace once años forma parte del "Teatro Molière" junto al director Tomy Sánchez Pupa. He aquí, entonces, nuestro reportaje:

—¿ Hay diferencia entre la formación actoral en Italia y en nuestro país?

M.F. —En este momento eso está cambiando. Hasta hace unos años el actor era sólo actor. Ahora se requiere otra preparación. En Italia se trabaja mucho sobre lo corporal, sobre el gesto. Los italianos son de por sí extrovertidos y gestuales y su formación tiene que ver con la Comedia del Arte. Lo que más se expande desde los años sesenta es el trabajo de la escuela americana, Strasberg y el gran maestro británico Peter Brook, igual que acá. Pero en nuestro país hay una pseudoactuación que tiene que ver con la televisión y que desprestigia por completo la actividad actoral.

—¿Creés que un actor de cine o televisión tiene que ser previamente actor de teatro?

M.F. —No, pero pienso que el interior tiene que ver mucho con lo que se hace en el teatro. Hay gente que hace sólo cine o televisión y es buena. Lo que sucede es que la experiencia que te da estar con el público no te la dan ni el cine ni la tele. Yo no sé qué es mejor. El problema es que actualmente se considera actor a alguien que trabaja en *Montaña Rusa*. Yo no creo que un actor sea una persona que estudia solamente. No es sólo eso.

—¿ Es una forma de vida?

M.F. —El verdadero actor es el que tiene sobre sí miles de representaciones.

—¿ Cómo es Molière en este fin de siglo?

M.F. —Yo, teóricamente, puedo escribir durante tres años una adaptación del *Enfermo Imaginario* y creer que todo el mundo se va a morir de risa y después no pasa nada. Nosotros tenemos una lectura de Molière que tiene que ver con el texto escrito. Pero para Molière ese era un pequeño instrumento. Lo fundamental era la actuación. Él, para generar lo que generaba, transformaba la obra y el decir, utilizaba el gesto de manera exagerada. Hoy percibimos que sus obras no son todas iguales y, aunque algunas parezcan más serias, él no las representaba de esa manera. Él se dio cuenta de que el verdadero arte es enseñar divirtiendo.

Molière fue un genio por varias razones. El contaba un cuento muy simple y siempre llegaba al enredo. El mayor problema que plantean sus obras es la incomunicación.

Nosotros en nuestras adaptaciones hacemos situaciones de enredo, de no comunicación, en donde ponemos elementos que tienen que ver con el momento actual.

—¿ Es difícil hacer reír a la gente?

M.F. —Al principio yo no hacía reír a nadie. Siempre estudié y leí mucho y, culturalmente, ser serio y hacer llorar es mejor visto. Hay personas que son muy graciosas. El problema son los textos.

Con Carlos Moreno vamos a trabajar ahora en una nueva adaptación de *El Enfermo*. Él va a dirigir y Tomy va a hacer de Argan. Lo que Carlos dice es que el humor es una víscera más que uno tiene, que todos tenemos, pero que sólo algunos desarrollan.

-¿Cómo te decidiste a actuar?

M.F. -Con el tiempo fui descubriendo que quería hacer reír. Es como una dependencia que uno tiene. Algunas personas necesitamos hacer reír. Es una necesidad que va más allá del texto.

Yo creo que en el teatro se tiene que ver "verdad". Molière fue revolucionario porque en ese momento fue el primero en plantear el concepto de verdad. Y eso es lo que uno no ve en T.V. No es necesaria la grosería; no tiene que ver con eso. Es una cuestión de guión.

-¿Te parece que hay posibilidad de cambiar la recepción de nuestro público acostumbrado al humor de la tele?

M.F. -Sí, totalmente. Nosotros hace once años que recorremos diversos lugares y a la gente muchas veces le gustaría una cosa más redondita, más fácil, con una sola lectura. Y uno podría decir sí y hacer lo que la gente espera. Pero no, porque hace once años en Buenos Aires éramos vanguardistas y ahora la realidad se puso a tono con lo que nosotros proponíamos. Yo pienso que nunca hay que subestimar al público.

Hacer tele es una cuestión de tiempo. Todavía no encajamos. Yo creo que soy popular, que no apelo a lo difícil, pero sí trato de dejar algo. También hay que estar preparado para el éxito, no creérsela. El actor es una persona que necesita del público, lo que no es exactamente lo mismo que la fama.

-¿Entonces el actor parte de una necesidad?

M.F. -Exactamente. Y bueno, no es que yo no quiera hacer tele. Seguramente voy a hacerlo. Lo que pasa es que si uno hace solamente lo que el otro necesita, eso es una enfermedad. Uno tiene que ir buscando la manera...

-¿Qué es más difícil: actuar para un público intelectual o para uno que no lo es?

M.F. -Esa es una pregunta difícil. Yo creo que saber es mejor que no saber. No es necesario leer ocho tomos para apreciar una obra de arte, pero si yo muestro una situación de equívoco y hago referencia a cosas... el que conoce va a captar más. Uno al actuar tiene que tener una esponja en los sentidos para darse cuenta con qué gente está en ese momento.

-¿Cómo somos los argentinos respecto al humor?

M.F. -El tango es muy fuerte. Reírse es un poco irreverente. Hay toda una tradición del llanto, del quejido. Yo creo que el humor es una postura, una opinión ante la vida. La persona que hace reír o escribe humor tiene una percepción del dolor muy grande, pero está un paso más cerca de superarlo.

